

## *El Diablo catrín, La maldición de los chiles* y otros relatos de Oaxaca

Los relatos que aquí aparecen fueron extraídos de dos entrevistas distintas realizadas hace algunos años en la ciudad de México, aunque refieren sucesos acontecidos en el Valle de Oaxaca, especialmente en Tepozcolula y San Agustín Etla, de donde son originarios los narradores principales. La primera entrevista fue audiograbada el 29 de noviembre de 2006 en el Centro Cultural Luis G. Basurto, "La Pirámide", a Wilfrido Zarate Morales, de 61 años. En la segunda entrevista, grabada durante una fiesta el 23 de mayo de 2007, participaron Josué Rubén López Luna, de 58 años, y sus hijos Dúa y Emiliano, de 27 y 25 años.

Wilfrido era velador del Centro Cultural. Nos conocimos por cuestiones de trabajo. Le pedí que me dejara grabarlo porque, cuando lo encontraba, siempre me refería historias de aparecidos en el inmueble. Fijamos fecha y hora para la entrevista. Nos reunimos en una sala del Centro. Al principio los dos estábamos un poco tensos, pues en nuestros encuentros anteriores no figuraba la grabadora. Finalmente, tanto él como yo nos relajamos y su voz fluyó sin pausa por poco más de una hora. Entre los muchos relatos de aparecidos y videncias (Wilfrido veía a los muertos), aparecieron algunas historias de su niñez acontecidas en Oaxaca. Son las que presento aquí y que he titulado: *El diablo catrín* y *El oro y el metate*.

La segunda grabación, con Josué Rubén López, duró dos horas y media. La entrevista se desarrolló en un ambiente más íntimo, en la sala de un departamento durante una fiesta. Conocía a Josué de tiempo atrás, él trabajaba en el área de recursos humanos de una empresa. Ese día nuestro diálogo se dio de manera espontánea. En ese entonces llevaba mi grabadora a todos lados y, en cuanto la charla derivó en relatos, pedí permiso para grabar y me fue concedido. Josué tiene un talento especial como narrador; en sus relatos utilizó distintos tonos de voz para interpretar a los personajes, se valió de gestos y señas para hacer

más patentes sus historias. La viveza de su narración se vio reforzada por la constante utilización del discurso directo. De pronto la atención de los concurrentes a la fiesta se centró sólo en él. Era tal su entusiasmo que logró integrar a sus hijos Dúa y Emiliano a la plática, de forma tal que algunos de los relatos fueron narrados por los tres.

Decidí reunir los relatos de Wilfrido y Josué porque, además de su evidente unidad geográfica, conservan un mismo tono, un tono personal, pues los narradores manifiestan que son historias que acontecieron en sus familias. Ambos refieren también los mismos temas, como El Catrín, el diablo elegante, que se presenta en relatos de lugares distintos como hombre blanco, vestido, dependiendo de la moda en turno, como charro, hombre trajeado, *junior*, empresario que maneja automóviles del año, o que viaja en helicóptero. En este corpus también hay relatos de aparecidos, brujas y nahuales. Las condiciones atmosféricas y geográficas de la zona desempeñan un papel fundamental en los relatos: el viento, el remolino, los cerros, las nubes, etc. Los primeros siete relatos — *El diablo catrín*, *La casa del Catrín*, *La supercarretera*, *El remolino de la represa*, *Aquí nos pegó el aire...*, *Las botas del patrón* y *La nube del amigo* — mantienen una unidad temática: tratan algunos aspectos del Catrín. *El perro negro* y *Las bolas de fuego* hablan sobre brujas y nahuales. Josué narró también una serie de relatos sobrenaturales que marcaron la vida de algunos de sus familiares: la de su padre, en *La maldición de los chiles*; la de sus tíos, en *El fantasma de la cabecera* y *El encargo del revolucionario*; y la de su bisabuela, en *El fantasma del anonal*. Finalmente, en *El funeral de la bisabuela*, narra una experiencia personal. Cierro esta recopilación con el relato de Wilfrido al que he titulado *El oro y el metate*, que tanto nos hizo reír.

En esta edición transcribo únicamente lo que considero como relatos, es decir, fragmentos autónomos dentro de las entrevistas que narran una anécdota y que presentan un principio y un final bien definidos. Conservo en los textos marcas de oralidad, como repeticiones, dudas y titubeos. Cuando aparecen varios narradores, incluyo sus nombres antes de sus diálogos. Las intervenciones que no inciden en la trama del relato aparecen entre corchetes. Agregó, después de esta breve introducción, un mapa de Oaxaca para ubicar algunos de los lugares referidos en el corpus. Al final de los textos incluyo cinco fotografías de algunos elementos geográficos que ayudan a configurar los espacios de la narrativa

en el imaginario popular. Estos relatos aparecen en mi tesis de licenciatura con orden y títulos distintos.

BERENICE GRANADOS  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

## 1. [El Diablo catrín]

Cuando yo era pequeño estaba en una loma, así, en un campo lejos de mi casa, porque hicimos esa cabañita para descansar y para dormir, para no ir hasta la casa, para ahorrarnos fatiga de ir hasta la casa. Y entonces, una vez, como a las once de la noche o doce, había una luna llena muy clara, así como de día, y entonces me dice mi papá:

— ¿Oyes pasos?

Le digo:

— Sí, alguien viene.

Y agarra y me dice:

— Este, pues a ver, si nos hablan, pues ya nos levantamos.

— Sí.

Y en eso llegan hasta la casa. Era una casita chiquita, así para descansar nomás. Y nos dicen:

— Buenas noches.

Le digo:

— Buenas noches.

— Este, perdonen, les quiero hacer una pregunta.

— Sí, dígame.

Dice:

— ¿Ustedes saben dónde queda Dos Caminos?

— ¡Ah, sí! Queda hacia allá.

Y entons, agarra y dice:

— Gracias. Bueno, entons me voy para allá.

— Sí, está bien. Que le vaya bien.

Y entons, agarra y se va. Y bueno, como iba caminando así, el terreno estaba muy limpio que hasta levantaba polvo su caballo, porque él se nos apareció en un caballo, esta persona. Pero realmente no era una persona, sino que era el diablo.

[— ¿Cómo sabe usted que era el diablo?]<sup>1</sup>

Porque el diablo, en realidad, no es la persona como la pintan, así con cuernos y cola y eso, sino que el diablo es una persona muy fina, muy culta, alta, muy bien parecida. Y, y siempre se aparece así. No se aparece como lo pintan, con cuernos y eso, sino que al otro día mi papá me explicó quién era esa persona. Me dice:

— ¿Quieres saber quién era esa persona?

Le digo:

— Sí.

— ¿Y no te espantaste?

Le digo:

— No.

Me dice:

— ¿Y cómo lo viste?

— Pues muy bien, muy educado, muy fina persona, alto, así fornido, con unas espuelas que le brillaban, un caballo alto, muy elegante y llevaba traje. Que los adornos brillaban así con la luz, y el polvo donde caminaba hasta se levantaba así.

Y al otro día buscamos el rastro y no había nada. Entonces decía mi papá:

— Es el diablo, tuvimos un encuentro con el diablo anoche. No sé qué quedaría, pero pus ojalá y no pase nada.

Le digo:

— Bueno.

Y ahí se quedó.

*Wilfrido Zarate Morales*

## 2. [La casa del Catrín]

Bueno, al menos entiendo que, en la República, así como tal y en esas épocas, El Catrín siempre ha sido para todos conocido, el Diablo concre-

---

<sup>1</sup> Intervención de la recopiladora.

tamente. Entonces, cuando alguien te dice, y sobre todo allá, que vio al Catrín, es porque vieron al Diablo, pero vestido de traje. O sea, siempre llegó y se presentó, y había muchas anécdotas, ¿no?, de que alguien venía en el campo, venía, pero venía medio tomado, y de ahí que sacaron que estaba borracho, ¿sí? Pero es que dice que venía, y la cuestión es que, dice que venía en las lomas caminando, iba para su casa, se encontró a un señor Catrín:

– ¿Qué pasó?, dice (le habló por su nombre). Hola, fulano. ¿Cómo estás?

– Bien, bien. ¿Y usted?

– Pues aquí, vengo de... Mira, por aquí tengo mi casa. Ven, te invito una copa.

Y entonces dice que, este, pues él, así en el cerro, tiene su casa. Y de repente dice que entraron así, en un lugar así, como una especie de entrada de, de roca, y bajaron a una sala, cantina, todo muy bien, bien.

– Este, a ver, dice.

Que eran sillas de bejuco. Y entonces... Y mesa. Y entonces le dijo:

– Espérame tantito, tómate una copa.

Dice que, cuando él salió, empezó a rascar el bejuco, y hasta meterle la uña, por eso se quedó con rastros de eso.

[– ¿Quién fue?]<sup>2</sup>

Este, uno del pueblo. Eso lo contaba Madrina.

Y entonces (porque después llegó al pueblo), después de eso, él estuvo esperando a este señor, y se dio cuenta que no era nada bueno donde estaba. Y empezó a rezar, es lo que hizo. Dice que empezó a rezar, a rezar y a rezar, y de repente se encontró otra vez en el cerro donde lo había dejado aquel. Y salió corriendo. Y después llegó al pueblo a contar que había encontrado al Catrín y que lo había metido a su casa, y nadie le creyó.

– Mira, sí, pues si aquí en las uñas traigo el bejuco que estuve ras-cándole al...

Entonces es muy, es muy, ese, ese lugar, precisamente es una cañada, en donde la gente no es tan... es temerosa, ¿no?, de ir, porque le llama-

---

<sup>2</sup> Intervención de Emiliano López, hijo del narrador.

mos... es lugar pesado. Es un lugar pesado porque sientes la pesadez de algo extraño, y ahí se ha dicho mucho que El Catrín les ha dicho que ahí nadie tiene que hacer nada porque es su casa.

*Josué Rubén López Luna*

### 3. [La supercarretera]

Ahí precisamente pasa la carretera, la nueva autopista que... Pero la de... en la época de Salinas construyeron la autopista. Entonces, construyeron una autopista a Oaxaca, la súper, supercarretera, le llaman. Entonces, cuentan que estando en la, estando en la, estaban los trabajadores...

Esa autopista, como un comentario importante, era así a la mitad, entre, poquito más de la mitad, digamos a unas dos horas y media de Oaxaca, estaba planeada para hacer un túnel que cortara un cerro. No sé de cuánto sería el, el túnel, lo que es túnel, pero iba a evitar muchas curvas que ahora todavía se siguen porque ese túnel jamás se terminó, porque ¿quién construyó? Construyó Tribasa,<sup>3</sup> Tribasa construyó, y no ha podido, y nunca pudo, este, por más que hacían: trabajaban y se le derrumbaba, y volvían a trabajar y se les derrumbaba. Entonces optaron porque, pus la dejaron sinuosa un... Y esa ahí está como muestra. Vas pasando y ves el túnel y nunca puedes entrar porque lo clausuraron.

Pero cuenta la leyenda, precisamente, que estaban trabajando los trabajadores y llegó un catrín en la noche. Entonces, imagínate, en campamento de carretera. Y dijo:

– ¿Quién es el encargado de esto?

Y pus ya salió un ingeniero, creo, el encargado de obra:

– Dígame, qué...

Un señor trajeado llegó y les dijo:

– Oiga, ¿por qué están haciendo esto en mi propiedad?

– No, señor, esto es propiedad federal.

Dice:

---

<sup>3</sup> Tribasa: 'Triturados Basálticos, S. A., compañía constructora mexicana'.

—No, ustedes están aquí, y no me pidieron permiso. O sea, no van a terminar su obra. Yo me encargo.

Ellos pensaron que era otra cosa, ¿no?

Bueno, hubo varios muertos en el primer derrumbe, entonces, varios muertos hubo en ese asunto. Así lo cuentan, así me lo contaron cuando todavía estaba la carretera haciéndose. Y la muestra actual es que pasas y sigue allí el túnel, el semitúnel, ¿no?

*Josué Rubén López Luna*

#### 4. [El remolino de la represa]

JOSUÉ: Algo importante que me sucedió precisamente en esas cañadas donde, donde, digamos que sale El Catrín. Están ya empezando la sierra de Oaxaca. Había una, o sigue habiendo una represa ahí pequeña. Pues, cuando nosotros íbamos de vacaciones, este, de repente nos íbamos hasta allá, ¿no? Y incluso hasta una lancha llevamos, este, para... con mis sobrinos, mis hermanos, y nosotros.

Mi hermano, el que murió (él murió hace seis años, tiene casi cinco días que hizo seis años que murió), era muy, muy especial. Él incluso me decía que platicaba con la Muerte y platicaba con el Diablo y... Yo decía que estaba mal de la cabeza, y él me decía:

—No, pues estás mal tú, ¿no?

Pero tenía... mucho, mucho de lo que él decía, a veces se... era mucha realidad.

Estábamos así, estábamos nosotros alrededor, a una orilla de la laguna. ¿Qué fue lo que dijo?

EMILIANO: Espérate. Es que íbamos varios. Entons, Abdiel le preguntó, le dijo:

—Oye, tío, ¿que es cierto que por aquí se parece El Catrín, que no sé qué?

Y le dijo:

—Sí.

Y en eso estábamos nosotros nadando, y cuando preguntó eso, empezó así como un aire pero fuerte, fuerte. Y en eso el aire, así empezó a venir y

se hizo remolinito, en medio, de repente... bueno, no, a la orilla. Entons empezó a caminar el, el, el remolino. Entons mi tío empezó a decir:

– Oye, no, no, no, espérate, regrésate, que no sé qué.

Y ¡pum!, se quedó en el centro, o sea, ya no avanzó, se quedó ahí.

– Y no, que ven, que queremos platicar contigo.

Mi tío así, y todos: ¡qué onda!<sup>4</sup>

Y ya, fueron diez, quince segundos que estuvo así, y después empezó a alzar otra vez, y ¡pum!, como que se metió en unos árboles, o sea, había como una pared y unos árboles, y ¡pum! Y ya no siguió. Pero si hubiera sido el viento viento...<sup>5</sup> Así, hubieras visto las plantas cómo seguían moviéndose, pero ahí quedó el viento, el remolino, lo que... ¿eh?

JOSUÉ: Dijo:

– Era el señor.

Algo así.

EMILIANO: El señor. Y luego nos dijo:

– ¿Ya ven? Era él.

JOSUÉ: Así. Pero él tenía familiaridad con ese tipo de cosas.

EMILIANO: Muy natural lo hacía él. O sea, le habló, pero, pero además empezó a dar vueltas, o sea...

JOSUÉ: Se quedó un ratito así, en medio. Pero además por toda la orilla.

EMILIANO: En medio, en medio, ajá, y después fue bordeando.

JOSUÉ: Bordeando el, el lago. Y así fue cuando se metió así al centro, y en uno de los árboles desapareció. Así como si de repente, así. El remolino se detuvo y no pasó nada de que dijeran: a ver, ¿no?, algo.

Pero es consecuencia de que esas cosas nos han pasado con El Catrín.

*Josué Rubén López Luna y Emiliano López*

<sup>4</sup> ¡qué onda!: '¡qué pasa!'

<sup>5</sup> viento viento: 'viento natural, no sobrenatural'.

## 5. [Ahí nos pegó el aire...]

JOSUÉ: Y a nosotros, cuando íbamos al velorio, tal vez unos seis meses después, íbamos por esa misma... Ah, bueno, pero lo que nunca les dije... No sé si te acuerdas [dirigiéndose a su hijo Emiliano] que cuando íbamos... Como lo llevamos a Oaxaca cuando murió, íbamos como ocho carros, ¿no?, la carroza y ocho carros, y yo era el segundo. Y él, pues siempre decía que esos lugares eran muy pesados, y en ese momento me empecé a acordar de eso. Y en cuanto yo me empiezo a acordar y veo la carroza enfrente, no sé si te comenté a ti, pero ¡empezó un aire...!

EMILIANO: ¡Ah, de que empezó pero a pegarle a los coches y...!

JOSUÉ: Un aire tremendo. Entonces yo, incluso, me dije y le dije:

– Mira nada más, ya te lo traemos pa que no estés molestando.

Porque iba pasando mi hermano, pues ya iba su cadáver, ¿no?

Y de verdad el viento se soltó en esa zona, pero un viento enorme. Y yo claramente iba manejando. Iba viendo todo, cómo se movía y cosas muy raras que sucedían en... Y no, pus bueno, algo pasa aquí, pero es porque iba mi hermano en ese cortejo. ¡Imagínate! Se siente algo bastante raro.

[A su hijo Emiliano.] Tú manejaste también, ¿no?

EMILIANO: Yo venía en el coche de Omar. O sea, creo que esa parte yo venía manejando, y te pegaba en el coche el viento.

JOSUÉ: Sí, no es un lugar que, que... Pero ahí nos pegó el aire.

Esas son las historias del Catrín. Que sí, efectivamente, pues por esa zona se oyen mucho. Y más en esa época, ¿no?

*Josué Rubén López Luna y Emiliano López*

## 6. [Las botas del patrón]

Se contaba mucho... ¡Ah!, pues, precisamente había un señor que ya no lo conocí yo, pero era una persona quizá de la época de mi abuelita. Era muy rico, y se decía... Quién sabe cómo se hizo de dinero, pero alguien decía que tenía pacto con el diablo. Se murió. Y tenía mucho ganado, tenía dinero, tenía terrenos. Y su mozo, el mozo principal, prácticamente se quedó con todo. Dicen que, en la noche de que el señor murió, sacó

todo el ganado y se lo llevó. Era muy pobrecito este señor, entons, quedó como uno de los más ricos del pueblo. Y efectivamente, tenía camionetas, tenía muchos terrenos. Sus hijos y sus nietos, pues, actualmente poseen esos terrenos.

Y en una ocasión se decía por áhi, ya en esa época donde yo viví, ya... yo estaba chico, se dijo que bajó un catrín, bajó un catrín y se encontró a una persona y le dijo:

– Necesito que vayas y hables...

Se llama, el señor este que se quedó con toda esa riqueza se llamaba Leobardo.

Y dice:

– Ve por favor, y le dices a don Leobardo que dice don Félix (que era el patrón) que por favor le mande unas botas porque las que tiene ya se le acabaron.

Pero señalando hacia la cañada, porque ahí estaba don Félix. Así bajó a decirle.

Pero después murió Leobardo. Y le mandó a decir a uno de sus hijos, igual, El Catrín que por favor le mandara unas botas, porque las que tenía ya...

– Don Leobardo, ve a ver a Beto.

Y le fue a decir a Beto:

– Que dice El Catrín que le mandes unas botas a tu papá, porque las que tiene ya se le acabaron [risas del narrador].

Bueno, y eso se manejaba en el pueblo, que vino El Catrín, vino a decir...

Sí, es esa la historia.

*Josué Rubén López Luna*

## 7. [La nube del amigo]

JOSUÉ: Y en la otra que, cuando nos íbamos esa vez a Oaxaca, precisamente a él le tocó, porque veníamos... yo venía de su copiloto [señala a Emiliano]. Tú venías manejando, ¿no?

EMILIANO: Yo venía manejando. Y en esa zona de los... del Catrín, pues veníamos re bien, y de repente...

EMILIANO: En una vuelta...

JOSUÉ: Íbamos en una especie de curva cuando vimos cómo se desprendió una nube, ¿no? Pero de la piedra, así. Salió, haz de cuenta que como cuando echan un chorro de gas así blanco. Pero así como entró, desapareció, ¿no?, de repente, porque nos espantamos, ¿no? Que de que...

— ¡Párate, párate, párate a ver qué!

No había nada. O sea, de verdad fue algo así muy extraño. Digo:

— Vete con mucho cuidado, porque quién sabe qué, este, esté tramando este amigo.

Porque de verdad es algo que no se nos olvida a él y a mí. Porque de verdad veníamos tranquilos en la carretera y de repente algo bajó, así como que algo se desprendió, pero...

EMILIANO: Era como vapor, no sé, sí.

JOSUÉ: Sí, algo así. Una nube grisácea, así. Entonces bajó, pero de repente desapareció, porque cuando llegamos al lugar donde se suponía que estaba, no había nada.

— ¿La viste?, ¿la viste?

— Sí, sí. Pero no hay nada.

Porque yo le decía:

— ¡Cuidado, cuidado!

Cuál cuidado. Tranquilísimo, ¿no? Le digo:

— Vete con mucho cuidado porque quién sabe, todavía falta un pedazo más o menos grande, unas dos horas, dos horas más o menos para Oaxaca.

EMILIANO: Ese pedazo son las curvas. Es una parte que subes y ahí están todas las curvas.

JOSUÉ: Y luego, antes de llegar... Esa es una parte antes de llegar a ese túnel que te digo que nunca se ha acabado el túnel, el del Catrín.

Y no me acuerdo más, pero mi madrina y mi abuelita platicaban muchísimas cosas.

*Josué Rubén López Luna y Emiliano López*

## 8. [El perro negro]

Y además se hablaba de los nahuales. Los nahuales se convertían en perros. Se convertían en animales, ¿no? Y entonces... Eso lo contó mi bisabuelo.

[— Eso, y uno que otro que ya era bien animal, ¿no?]<sup>6</sup>

Son unos... lo contó... Ellos salían en la noche a cazar o andaban en la noche rondando. Les gustaba salir a... cosa que eran medio mujeriegos y medio borrachos. Y, y dice que, este, venían dos. El Chachá, que era el papá de Madrina, este, dijo...

Escucharon a los lejos (como eran doce, una de la noche, y sin luz, porque no había luz en esas, en esa época), y a lo lejos escucharon el llorido de un niño. Pero un niño que no dejaba, así como si lo estuvieran matando, y...

— ¡Ay, ay!

Dice:

— Oye, tú, ¿qué será eso? ¿Por qué ese niño...? ¿Qué sus papás, pues, no se dan cuenta que el niño está, pues, está llorando?, ¿no?

Se fueron acercando. Dicen que había luna, por eso es que lograron ver. Y eran... pues en esa época también, pues, eran las casas de carrizo, bueno, por eso digamos que el sonido, pues, se difundía. Y el niño llore y llore. Y a lo lejos, dice, que ven a un perro negro, clavada la trompa en el... así en, en la pared de carrizo. Dice:

— ¡Mira nada más! Es un perro, dice, orita vas a ver.

Y traía un rifle. Y que agarró su rifle y le dice:

— Pero espérate, dice, porque eso no es cosa buena, dice, tampoco lo podemos matar.

Pero para que no haya problema, dice que se orinó el rifle. Orinó la punta del rifle en forma de cruz. Sacó su paliacate y lo amarró en la cruz que hizo, amarró el paliacate y lo apunta y le pega. O sea, no le pegó al perro, nomás le pegó a un ladito, y dice que, en cuanto el balazo, el perro se dio cuenta, se arranca de ahí, salió corriendo y el niño dejó de llorar, así como por arte. Y ya le fueron a tocar a... Como lo conocían, le fueron a tocar:

---

<sup>6</sup> Intervención de Emiliano López, hijo del narrador.

—Oye, fulano, ¿qué no te das cuenta?

No, lo fueron a levantar y estaban muertos, así, dormidísimos, y nunca oyeron que el niño estuviera llorando.

Lo que dicen es que el nahual, o sea, lo que hace, es que hay nahuales que hacen daño, y generalmente hacen daño, ¿no?, entonces, que lo que hacen es dormir a los adultos. Y cuando van a hacerle mal a un niño, lo que hacen es que los adultos... pero ni siquiera. Y estos porque venían pasando, ¿no?

Y esa es la manera en que los nahuales, este, actúan o se convierten en puercos y andan caminando en las calles. Nadie les dice, pues ese es un puerco o un perro, ¿no? Pero lo tradicional son perros.

Hacen daño, hacen daño a la gente. Así como si fuera un brujo pero hacen daño a los niños. A través de no sé qué artes, los matan. Eso era para que el niño, al ratito, al día siguiente, iba a amanecer muerto el niño porque alguien mandó, contrató al nahual para que fuera y le hiciera daño al niño. Y los niños se mueren. El niño, si le están haciendo daño, se va a morir.

Y los daños generalmente así son, de que la gente se va enfermando, se va enfermando y al final se muere. Eso es lo que hacen los nahuales, o hacían en esa época, ¿no?

Conforme yo, lo que he visto, conforme empezó a llegar, digamos, la luz eléctrica, esas cosas empezaron a desaparecer, o sea, ya no.

*Josué Rubén López Luna*

## 9. [Las bolas de fuego]

EMILIANO: Hay brujas ahí, ¿no?

JOSUÉ: Todavía.

EMILIANO: Son bolas de fuego, se ven en la noche.

JOSUÉ: ¿Ustedes vieron alguna vez?

EMILIANO: Son bolas de... Yo nunca vi, pero a mí Chelo me contó que sí había visto en la noche, que son bolas de fuego.

DÚA: Si están lejos se ven cerca, y si están cerca se ve así, muy lejos.

EMILIANO: Esas son luciérnagas.

JOSUÉ: Precisamente a mi abuelo le sucedió. Mi tío, el hermano de mi papá, que, este, ahorita tiene 71 años, más o menos. Entonces, 71 años atrás, él debe de haber nacido por ahí de 1930, treinta y seis, treinta y cuatro, treinta y cinco, 1935... Total, en esa época no había manera de transportar, entonces dice que nació. Cuando nació mi tío, pues eran parteras, eran parteras. La comadrona del pueblo era una señora que vivió mucho tiempo, y era la única que había en el pueblo y que traía a los niños. Entonces, este, no sé si a ella le tocó, pero el caso es que nació mi tío, y dice que, ya como a eso de las doce, once de la noche, ya muy noche, empezó a llorar. A llorar y a llorar y a llorar. Entonces, este, se dieron cuenta de que estaba mal. Entonces alguien, no sé quién les haya dicho:

– Pues vete a Oaxaca. Que baja a comprar esta medicina.

Pero pues a esa hora...

– Pus voy, pero pus me voy caminando.

Y ahí se va caminando, dice, por toda la vía. Agarró la vía y dice que ahí sí había dos horas de camino. Y cuando venía de regreso, dice que en la vía, unas bolotas de lumbre, dice, ¡cómo subían y bajaban y se le ponían enfrente! Pus saca la pistola, ¿no?

EMILIANO: Dicen que cuando te encuentras una, que la tienes que matar.

JOSUÉ: No, él... La idea era que no la tienes que matar porque te va a hacer daño después.

EMILIANO: A mí me dijo este Chelo que si ves una, que te la echas.<sup>7</sup>

JOSUÉ: No, pues ahí, la cosa es que ahí pasó nada más a distancia con la pistola en la mano. Dice que como que se le veían los pies, las piernas. Dice que las hacían así, la bola de lumbre y las piernas, como que colgaban, pues. Dice que, cuando salió de eso, ya se fue a la casa, ¿no? Pero, este, sí, él se encontró con una... no sé cuantas serían, pero que eran también bolas de lumbre, y eran... que son brujas. Eso son, brujas. Y ahora, pues, ahí cuentan que todavía siguen. Siguen... Y lo que hacen es que, en lugares apartados, donde nuevamente se presentan las brujas... Interesante, ¿no?

*Josué Rubén López Luna, Emiliano López  
y Dúa López*

---

<sup>7</sup> *te la echas*: 'la matas'.

## 10. [La maldición de los chiles]

Eso todavía mi mamá lo cuenta. Mi mamá lo, este, lo recuerda perfectamente del día que cuando, dice que estaba... Lo que platica es que ya estaba dormida y, de repente, oye que algo así muy fuerte, cayó encima del techo, que, de teja, ¿no? Despierta con el estruendo pero se queda quietecita, y dice... Lo cuenta así mi mamá, dice:

—No, pus tú te das cuenta después de cinco minutos que la respiración es agitada, ¿no?

Y mi papá se dio cuenta, ambos se dieron cuenta de que, como estaba oscuro, de que ambos estaban despiertos. Dice que mi papá le hizo con el codo:

—Chapis, ¿estás despierta?

Dice:

—Sí.

—¿Oíste?

—Sí.

—¿Pus qué será?

—Pus quién sabe.

Se quedaron quietecitos, ¿no? Y fue cuando en ese momento empezaron, dice que, como se oía como que venían bajando las tejas, como si las estuvieran jalando, pues una teja va sobre la otra y se van. Como si jalas una, se vienen golpeando. Y empezaron, dice, a despejar. Y pues él se paró inmediatamente, agarró la pistola y...

—No, no, no salgas. Quiénes van a ser, pues no sabemos. No salgas. Y ya fue que se quedó y ya no salió.

Y se oía aquel ruido, hasta que se quedaron dormidos.

Al día siguiente se levantan. Van a ver. Se subió él al techo. Pus la casa intacta.

—¿Pues qué sería?

—Pues quién sabe. Bueno, dice, no sabemos.

Empezaron a intuir:

—Esto no es cosa buena, ¿no?

Y a la noche siguiente, igualito. A la misma hora, otra vez el estruendo. Y entonces, que corrían, pero así, que dicen que echaban carrera. Así,

tatatá, como si fueran gente corriendo arriba de la casa. Quién más va a correr arriba de la casa, ¿no? Era para romper las tejas.

Y al día siguiente lo mismo. Entonces fue cuando dijo, mi papá dijo:

– No, esto vamos a tener que arreglarlo. Este, hoy en la noche me acompañas. Nos quedamos, voy a hablar con, con quien sea.

Dice:

– Bueno.

Y ya en la noche, incluso se compró su botellita de mezcal, porque pues es lo usual ahí. Dice:

– Me voy a dar valor. Pues me echo un buen trago y seguro que me le enfrento, ¿no?

Y así llegó con su botellita de mezcal y la puso.

– ¿Y eso para qué?

– No, pus pa la noche.

Dice:

– ¿Qué pasó? ¿No me ibas a acompañar?

Porque para acompañarlo, iba a tener que planchar. Dice:

– Bueno, pues yo mejor me pongo a planchar, y pus lo esperamos a ver qué pasa.

Y dice que llegó, llegó como a las seis de la tarde y le dice:

– ¿Qué pasó?, ¿no que ibas a planchar?

Porque entonces tendría que haber rociado la ropa.

Y dice:

– No, dice, es que mira, me siento mal.

– Olvídalo. No pasa nada.

– Oye, no te enojés. Ahorita lo hago, si quieres ahorita lo hago.

– No, no.

Era muy determinante él. Si algo no pasaba, digamos que había encargado y que no lo hacía, decía: “No, pues ya no, se acabó”. Y fue cuando entonces, este, dijo que, entonces, le dice:

– No, yo me voy (porque ese día se había muerto un amigo de él).

Y mejor no.

Ya me acordé de su nombre. Era Claudio, un tal Claudio.

– No, dice, que se murió Claudio y voy a ir a su sepelio.

– Bueno, pues entonces tú te vas al sepelio y yo me quedo con mis hijitos.

Y pues ya estábamos los cuatro primeros. Yo estaba... yo era el más pequeñito. Y entonces, este, dice que fue, ¿no? Se quedó como si nada.

Pues ya al día siguiente le comentó que, como a las diez de la noche, él se regresó, o como las once. Pus dijo:

—No, pus, yo ya me voy.

Que ahí se quedan sus amigos, se despidió de ellos, y se vino caminando. Y fue cuando llegó justamente a la esquina de la casa y para... tenía que llegar y dar vuelta para entrar para la puerta. Que son como... de esa esquina, hay así unas... unos cuarenta metros para la puerta, para el zaguán donde entraba. Y dice que jamás pudo pasar de ahí. O sea, él, yo no sé exactamente qué, lo detuvieron o... pero él ya no podía caminar. Llegando a ese lugar, ya no podía. No pudo pasar. Y entonces fue que se regresó al sepelio. Iban los... quizá veinte o treinta minutos después, ¿no?

Le dijeron:

—Oye, ¿qué pasó? ¿No que te habías ido?

—Sí, pero fíjate que me pasa esto, no puedo pasar.

—No me digas, pues si quieres te acompaño.

Dice:

—Bueno.

Acompañado fue como pudo pasar, y ya se metió a la casa. Y esa noche ya no hubo nada.

Al día siguiente fue cuando llevaron... y se dieron cuenta de que habían... una semana, unos días antes, habían encontrado unos restos en una de las tierras que andaba arando con un tío mío, y a partir de que desenterraron ese cadáver, ese esqueleto, sacaron chile, dice que eran unos chiles en unos platitos. Entonces esos platitos se los llevó a la casa.

Los chiles eran secos, chile seco, pero, vamos, que no se veían así muy viejos, ¿no?, los chiles. Y entonces, esos los llevó a enterrar nuevamente mi papá. Y fue así como ya ese, digamos, ese problema desapareció. Pero mi papá, yo creo que no tardó ni un mes. Después de eso murió. Fue cuando mi papá murió.

Aparentemente hay muchas versiones. Una versión es que aquel venía y que lo mataron, alguien. Que uno lo salió a saludar, es la versión que decían, alguien lo salió a saludar y que:

—¿Cómo estás?

Y que otro llegó por atrás y que le pegó con un zapapicos. O sea, le pegó en la cabeza, se cayó del caballo y ahí se quedó.

Otros decían que no. Que él venía en el caballo, venía un *jeep*, espantó al caballo y mi papá se cayó. Eso es lo que decían. Esas eran las dos versiones que había que sucedió.

¡Ah, no!, y otros, que le habían dado un balazo, precisamente por atrás. Que lo habían... tres, en ese... cuando alguien lo detuvo, que eran tres individuos que lo habían detenido a él, y fue cuando le pegaron. O sea que lo mataron. Que no... porque todavía mi hermana, mi hermana la mayor... Mi papá salió desde la mañana. Seguramente el accidente fue nueve o diez de la mañana y lo fueron a encontrar a las seis de la tarde, o sea, ya habían pasado...

Todavía estaba vivo, pero ya no podía hablar. Ya no pudo hablar, porque, se acuerda mi hermana, todavía se acuerda de eso, es la única que se acuerda porque ella fue con mi bisabuelita, que las dos llegaron en ese momento y fue cuando lo vieron. Lo único que dice fue que él ya estaba... lloraba, pero ya no podía hablar. Lo, lo mataron, porque sí hubo un *jeep* o un carro, no sé de quién, y se lo llevaron al distrito, a Etlá,<sup>8</sup> y allí, en, precisamente cuando lo estaba tratando de recuperar el doctor, ahí se le murió al doctor.

Ahí murió.

Pero eso... lo agarraron... El médico dijo:

—Miren...

Como había que pasar, salir del distrito de ese pueblo, pasar por Reyes, pasar por San Isidro, había que pasar cuatro pueblos, pues no puedes pasar con un cadáver cuatro pueblos. O sea, ¿por qué?, por jurisdicción; es un problema legal, ¿no? Entonces dijo:

—Miren, yo les sugiero que, si quieren llevarse a su difunto, no hagan ningún ruido. No hay nada, agárrenlo y llévatelo. Pero no pueden ustedes hacer nada que delate que llevan ustedes un muerto.

Dice que todo el camino aguantándose el, el dolor, ¿no? Y ya hasta que, dice, que cuando cruzaron el puente de, de ahí del pueblo fue

---

<sup>8</sup> Pueblo del estado de Oaxaca, lo mismo que Reyes y San Isidro, mencionados más adelante.

cuando empezaron a llorar, ¿no?, porque, porque ya llevaba a mi papá muerto.

Pero de alguna manera se pensaba, ¿no?, mi mamá todavía piensa, que parte del hecho de que mi papá haya fallecido es por esa razón de haber ido a desenterrar... O no, no fue específicamente él, sino que por un accidente encontraron los cadáveres, porque no me acuerdo si eran tres, porque... Sí eran, por eso se decía que eran tres los que habían atajado el caballo, y sí eran tres cadáveres los que estaban ahí. Por eso fue que uno de mis tíos, el tío que estaba con él arando, dice, pus cuando sacó la calavera, dice:

– ¡Ay!

Que le da una patada a la calavera, y dice:

– Este debió de haber sido un cabrón cuando estaba... N'hombre, hijo de la...

O sea, lo empezó a maltratar diciéndole groserías. Y dijo mi papá, que era muy respetuoso:

– No, Tano, no hagas eso. No sabemos ni quién fue este individuo, ¿no? No tienes por qué andar, este, este, metiéndote con algo que ya, ya pus Dios lo juzgó. Ya no, no está bien eso.

Pues ese tío se andaba muriendo porque, a partir de eso, él, por una parte estaba, pura... Todas las noches le daba fiebre, y como fueron a enterrar, se le quitaron también las fiebres.

Entonces, esa parte, pues son las cosas... Son un poco difíciles, pero, o sea, son cosas que sí nos han sucedido.

*Josué Rubén López Luna*

## 11. [El fantasma de la cabecera]

JOSUÉ: El tío Gustavo, mi tío Gustavo, y eso efectivamente sí es algo real porque eso... Ese tío, cómo quería a mi mamá, era... Y mi mamá siempre lo cuidó, bueno, no lo cuidó, pero siempre estuvo con él. Lo visitaba mucho, bueno, cuando vivía en esa casa mi mamá. Cuando ya se fue con mi papá... Pero ella siempre iba, sobre todo porque me llevó. Ya cuando ella estaba en cama, grande, me acuerdo. Yo tengo esa visión de él, un

señor grande, grandote, medio gordo, no gordo, pero sí muy fornido, muy grueso, grandote, muy barbón, así como... tenía mucho pelo en la cara, ¿no? Este, y lo iba a visitar mi mamá.

Entonces le platicó, precisamente, que él pues hasta hicieron un poco de dinero, yo creo porque ellos tenían una banda, una banda de asaltantes. Andaban ahí en toda esa región, y había gente de dinero. Entonces dice que, efectivamente, él mató a uno. A lo mejor, lo que pasó es que lo mató sin necesidad de haberlo matado. No tenía para qué, ya había robado, ¿no? Entonces, pero que llegaban con todo lo, lo, las ganancias. Se lo repartían y ya cada quien se iba.

Y en una ocasión, dice que él ya, ya empezó a dejar... habían acordado que ya iban a dejar esa sociedad. Ya se estaban alejando. Se estaban alejando de sus fechorías cuando, en una noche, estaban durmiendo él y su esposa, porque con ella no tuvo hijos exactamente, y dice que llegaron golpeando la puerta:

— Y sal, jijo de no sé cuántas,<sup>9</sup> porque hoy te vas a morir, y no te la vas acabar<sup>10</sup> ahorita.

Que así, con unos gritos enormes de insultos, que llegó insultándolo, ¿no? Entonces dijo:

— Pus ¿quién es?, ¿no?

Pues, este, la costumbre ahí es... No, es la mujer, la mujer va por delante:

— Tú pasa como escudo. Tú adelante y yo atrás.

Y el canijo que la echó, que su esposa la echó ahora. Pus ni hablar, agarró la pistola, dice:

— Aquí tú abres la puerta y yo le doy.

Entonces abre la puerta y cuál, no hay nadie, absolutamente nadie. Salió, pus no. ¿Quién sería? ¿Qué sería? Muy extraño, ¿no?

Bueno, ya se acostaron pus con la preocupación. Él todavía seguía... Dice que tenía... Dejaban una vela prendida, este, y sí, la costumbre de ahí era que dejas tu vela prendida, pero normalmente la pones, si está tu cama aquí, la ponías en contraesquina. De donde estuviera la cama pero

<sup>9</sup> *jijo de no sé cuántas*: eufemismo por 'hijo de la chingada'.

<sup>10</sup> *no te la vas a acabar*: 'no sabes lo que te espera'.

al otro extremo, eso hacía que estuviera alumbrado allá y te daba una especie de resplandor a toda la cama. Así era normalmente la costumbre, todavía lo vivimos nosotros. Y eso, eso tenían así. Y entonces, este, dice que cuando ya se estaba durmiendo nuevamente, en su cabecera exactamente empezó aquel:

—Ja ja ja, dice, ¿qué te crees? Aquí estoy, jijo de no sé quién. Soy fulano. Ya vine por ti, rejijo de no sé cuánto.

En la cabecera lo tenía. Entonces se dio cuenta de quién era:

—Ándale, dice, tú merito vas a ver. Te voy a llevar.

Y así se lo... No sé si esa noche cómo pararía, pero el caso es que día con día lo tenía por ahí. Y luego él ya empezó a trabajar. Cruzando la carretera de San José o Vista Hermosa, había una fábrica de, de, era un fábrica de, era una textil, me parece.<sup>11</sup> Entonces, él trabajaba en esa fábrica, pero había que entrar, no sé si entraban a las cinco de la mañana. Entonces tenía que salirse como a las tres, desde la mañana irse para allá en el caballo. Entonces se llevaba a dos de sus hijos, a los dos que tenía... ¡Ah!, pues sí tenía hijos, a Chava y al tío Joel, entonces tenía a ellos dos y a tía Rosa. Tía Rosa tenía... era papá de tía Rosa, ¿eh?

EMLIANO: —¿De la que atropellaron el día de muertos? ¿De la mamá de Oscar?

JOSUÉ: No la mamá del...

EMILIANO: —¿La mamá del Gusano?

JOSUÉ: No, la mamá de, del esposo de Carmela, de los... La mamá del que mataron a golpes, del Rayo, la mamá de todos ellos. Ella es tía Rosa.

Ah, pues ellos eran sus tres hijos. Ya me acordé que sí tenía hijos con ella, y se los llevaba. ¿Por qué?, porque ellos se regresaban con el caballo. O sea, él no se quedaba con el caballo allá, sino que lo regresaban. Pero se los llevaba a ellos de compañía, y dice que también en una ocasión, también la primera vez, igual. De repente, él venía cruzando el río cuando a su lado escucha:

—¿Qué pasó?, dice. ¿Ya?

---

<sup>11</sup> La Fábrica de Hilados y Tejidos Soledad Vista Hermosa se fundó en 1883, en el pueblo de San Agustín Etlá. Actualmente alberga el Centro de las Artes. La Fábrica de Hilados y Tejidos de San José se fundó en 1924.

Que empezó a levantarlo. Dice:

— ¿Qué pasó? Órale, Gustavo, es hora de irnos a la fábrica.

Y todo el camino lo iba insultando. Le iba diciendo, le iba haciendo todo el camino. Iba todos los días y dice que los niños nunca oían nada. Los niños iban atrás del caballo. ¡Ah!, porque él sí le contestaba y le decía, ¿no? Ellos espantados porque el papá está volviéndose loco, pues está hablando solito. Eso era lo que ellos, lo que estaba haciendo con ellos. Hasta que por fin.

Bueno, él dice que seguido iba a la iglesia y se arrepintió muchas veces y oró. Y ahí siempre estuvo, ahí pidiendo perdón por lo que había hecho, pero pus lo que estaba hecho ya no podía echarlo pa atrás, ¿no? Y dice que, en una ocasión, después de mucho tiempo, yo no sé cuánto tiempo pasaría, dice que fue mucho tiempo el que, el que lo estuvo viendo todos los días, este, pues, esta ánima, esta alma. Este, de tal manera que, cuando estaban, creo que fue en La Soledad,<sup>12</sup> en la iglesia de La Soledad, ahí en donde están los nieves, ahí dice que estaba él...

EMILIANO: — Las nieves.

JOSUÉ: Perdón, los nieves [risas]. Donde están las nieves. Estaba él muy, ahí hincado, dice, enfrente. Y oyó cómo desde la puerta, alguien con unos gritos tremendos, llore y llore:

— ¡Ay, ay, ay, ay! No, dice, está bien, dice, está bien. No puedo contigo, dice, ya te voy a dejar.

Que se para y se queda viendo:

— ¿Qué pasó?

— Sí, dice, ya no me dieron, no me dejaron hacerte nada, dice. Pero te voy a decir algo, dice. En un año exactamente, me voy a llevar a tu mujer. Así que eso es lo único que voy a hacer, porque contigo no puedo.

Exactamente al año se murió. Pero cómo murió, que es lo interesante. Porque ella, la señora, vendía, llevaba carga a Oaxaca. Y entonces sacaban de, se, se, había trapiches, donde se molía la caña y sacaban la panela, lo que es el piloncillo. Pero son unas cosotas así, y son muy pesadas.

---

<sup>12</sup> La basílica de Nuestra Señora de la Soledad se localiza en la ciudad de Oaxaca de Juárez, al sureste de México. Fue construida entre 1682 y 1690 y es un santuario dedicado a la Virgen de la Soledad, patrona de la ciudad de Oaxaca.

Dice que llenaban los canastos de panela, y eso es lo que ella llevaba a Oaxaca a vender. Montó su burro, este, lo llenó de, de, los canastos estos que son unas cosas así, porque dicen que, cuando llevaba canastos, por lo menos debía llevar unos cien kilos de panela, una cosa así, ¿no? Los tapaban bien, hasta los cosían, de tal manera que se iban bien seguros, e iba en el burro a Oaxaca a llevar su panela. Dice que iba pasando ahí, precisamente en la zona que es el municipio. Era camino entonces. Ahí iba pasando, dice. Quién sabe qué pasó, el burro de repente se levantó, algo lo espantó. Se levanta, la avienta a ella, se cae, pero le cae toda la carga encima. Le cayó encima la carga, y no se murió en ese momento, pero ahí empezó. Exactamente murió el día que le había dicho, cuando se cumplió un año. Pero sí se murió, que no supieron...

EMILIANO: —Y todavía se le apareció, ¿no? Y le pidió que casara a su...

JOSUÉ: No, pero, aparte de eso. Precisamente ella muere y él, pues, ya ese día que regresó, precisamente ese día que regresó del sepelio, dice que estaba la tarde ya, que estaba cayendo, y él estaba muy triste ahí en su corredor (siempre las casas tienen su corredor), bien pensativo, cuando, me imagino yo, como lo conozco, estaba ahí sentadito, que llega. Entonces vio cómo, así de repente, salió, entró al corredor y le dijo:

—Gustavo, necesito hablar contigo.

Si la acababa de enterrar. La acababa de enterrar y le salió, salió de la pieza. Imagínate que vengas. Le dice:

—Pásale.

Él se quedó muy espantado pero, con todo lo que había sucedido pues quién le va a creer, ¿no? Y dice que le dijo:

—No, mujer, no, no voy a entrar. Ya tú ya eres un alma juzgada por Dios. Todo lo que quieras, dice, dime aquí. Si quieres platicamos acá.

—Bueno, dice. Mira, te encargo, dice...

Yo no me acuerdo bien de quién, pero ella, el producto de su trabajo... Ella, cuando se casó con él, tenía un hijo ya, y para esa época... Él se llamaba Alfredo Cobos; para esa época, Alfredo ha de haber tenido sus 18, 20 años. Ya para, en esa época, digamos, hablando de esas épocas, un muchacho de 18, pues ya era, prácticamente ya debía de estar casado, ¿no? Y sí, tenía un noviazgo de 18 desde luego.

[A Emiliano] Ya, tú ya te pasaste mucho.

Entonces, dice que tenía, bueno, su novia se llamaba Julieta, y ella estuvo guardando dinero, precisamente pensando en que algún día se iba a casar su hijo y no quería, supongo, que eso... Era previsora la señora. Guardar un poco de dinero, hacer dinero de su negocio que tenía. Y le decía:

— ¡Ve con fulano! (mi mamá es la que sabe). Vas por favor y le dices que te entregue el dinero que yo le he dado a guardar, porque ese dinero es para mi Alfredo. Quiero que por favor me lo cases con Julietita. Quiero que se casen y ese dinero que sea para su boda.

A eso vino exclusivamente. Se fue y jamás volvió.

Cuando fueron a ver a este señor, porque era un señor, me acuerdo, a decirle pus que iban por el encargo:

— No, a mí no me entregó nada la señora. Nada me dio a mí.

Y nunca regresaron ese dinero.

Y bueno, él de todas maneras se hizo cargo y casó a este señor Alfredo. Más o menos, yo me imagino que Alfredo ha de haber sido de la época de mi papá. Más o menos ha de haber tenido esa edad, por lo que me acuerdo de su esposa. Porque yo ya... a Alfredo lo mataron después. Ya tenía, porque tuvo como seis hijos, pero, este, sí lo casó y cumplió su deseo.

Lo casó con Julieta que, precisamente, Julieta era madrina de mi mamá, por eso yo le decía Tía Julieta, porque... y me llevé mucho con sus hijos, porque jugábamos juntos. Los hijos de, de alguna manera me relacionaba, porque mi mamá la visitaba mucho.

Pero así sucedió con ese tío. O sea, fue larga la historia del tío Gustavo.

*Josué Rubén López Luna y Emiliano López*

## 12. [El encargo del revolucionario]

Y después, todavía más, pus fue la época de la Revolución. Y en esa época de la Revolución había... Pues su hermana<sup>13</sup> la tía Pancha, habla mucho

---

<sup>13</sup> Se refiere a la hermana del "tío Gustavo", cuya historia cuenta en el relato anterior.

mi mamá de Tía Pancha, pues tuvo un hijo también, y ese hijo lo... a ese hijo lo mataron en la Revolución. Este, vino la revuelta, muchos le decían la leva, se los llevó (era la parte del gobierno). Pero otros se fueron con los, se iban con los, les llamaban los agraristas. Y este, no me acuerdo de su nombre, pero dicen que se fueron con los agraristas. Y este, y se fueron varios. Y este, el hijo de tía Pancha jamás regresó. Muchos, esos, no regresaron porque los mataron en la montaña. En la sierra los mataron. Dicen, bueno contó quien... ¡Ah!, no, porque alguien regresó y dice que, pues, cómo los agarraron, les tendieron una redada, no sé qué pasó, perdón, una trampa, una emboscada, se fueron a esconder a una especie de cueva. Y él fue de los últimos que ya no pudo caber. Y dicen que todos los de atrás los blanquearon,<sup>14</sup> y de hecho estaba... por los balazos que a él le metieron. Y los mataron ahí en la cueva a todos los demás.

Entonces, Tía tomaba mucho, se hizo adicta. Y unos de los, este, de los líderes tenía una esposa que iba a nacer un niño. Y entonces, un día dice que estaba esa tía, igual en esa misma casa, pues era hermana de él o muy cercanos. Sí, y entonces dice que llegó, o llegaron, dice. Estaba ella... precisamente por eso quedó sorda, después de eso ya no oyó. Dice que escuchó un caballo, cómo llegó, pero a galope tendido entró. Dice:

—Sal a ver quién fue, porque pues hay niños ahí en el patio, no vayan a atropellar a uno.

Pues cuál, no era nadie. Apolonio, creo, algo así. Y dice que le dijo:

—Francisca.

—¿Quién eres?

—Fulano de tal.

Pero pues sí, dice:

—Ya a ti te mataron en la Revolución.

Y dice:

—Sí, pues yo nomás vengo, dice, para que le des...

También algo así de que le dijo dónde tenía dinero para que le diera dinero a su esposa porque iba a nacer su hijo.

Sí, dice que le dijo todavía la tía Pancha:

---

<sup>14</sup> *los blanquearon*: 'les tiraron como si fueran un blanco'.

—Oye, dice. ¿Y qué razón me das de mi hermano?<sup>15</sup>

—No te preocupes, dice, él anda conmigo.

Así le dijo:

—No te preocupes, él anda conmigo, dice. No te preocupes, dice, que él anda conmigo. Bueno, ahí te encargo, te encargo a mi mujer.

Le dio sus encargos y se fue. Jamás volvieron a...

Esa no se la sabían, es de la tía Pancha.

*Josué Rubén López Luna*

### 13. [El fantasma del anonal]

Y bueno pus, esa quedó... porque, después, era propensa, propensa a oír cosas. Dice que a, no, a mamá Helena o mamá Chana, las dos viejitas que criaron a mi mamá... Una era su mamá,<sup>16</sup> y la hija, la hija nunca se casó, entonces, dice que, y la hija que era mamá... ¿mamá Helena?, ¡mamá Chana!, a unos...

Ahí, a un ladito del templo, mataron a uno, pero lo mató un pastor. Sí, porque en ese entonces, resulta que es cuando entró, entró el evangelismo ahí en el pueblo. Y ahí se reunían, ahí se empezaron a reunir. Y entonces hacían sus reuniones, y entonces los del pueblo eran muy católicos y seguido<sup>17</sup> los, este, o sea, los agredían. Pero en una ocasión sí vinieron a agredirlos y quisieron meterse al templo. Entonces, dicen que el pastor, este, sacó, como lo iban a agredir, sacó un puñal, y que le rebanó todo así, aquí. Que ahí cayó el señor. Este, dicen que todo el estómago y todo eso ahí se le quedaron regados, ¿no? Eso ahí pasó.

Pues dicen que después, ahí en ese... había un anonal,<sup>18</sup> uno que daba chirimoyas, o guayabas. No, ¡anonas!, allá había un anonal. Yo todavía lo conocí ese anonal, dicen que ahí fue donde cayó. Y ahí se sentó nomás.

<sup>15</sup> Se refiere al hijo desaparecido luego de haberse ido con los revolucionarios.

<sup>16</sup> Una de "las dos viejitas" era madre de la otra.

<sup>17</sup> *seguido*: 'con frecuencia'.

<sup>18</sup> *anonal*: 'anona'.

Ahí se quedó. Después de ese tiempo, no sé cuánto tiempo pasaría, y que todos los días, a las doce del día (¡del día, del día!), cómo lloraba. Dicen que se quejaba:

— ¡Ayyyyy!

Y del anonal salían los quejidos:

— ¡Ay, ay!

Todos los días a las doce. ¡Imagínense! Y los que vivían ahí cerquita. Hasta que mamá Chana le dijo:

— Pues ya métete.

— Ay, mamá, dice. Ese hombre, ¿qué querrá, dice? ¿Por qué pues a...?

Yo voy a hablar con él, dice.

Se compareció<sup>19</sup> y dice que fue, que fue a decirle:

— A ver, ¿qué es lo que se te ofrece? ¿Por qué, por qué vienes aquí a penar y estás llore y llore?, ¿no?

Dice que sí le contestó, pero le contestó así entre dientes cosas que nunca entendió. Pero que se le paraban los pelos así. Y se regresó espantadísima a su casa, pero corriendo, y de ahí quedó sorda. Jamás volvió a escuchar, a oír. Era sorda mamá Chana. Ella creció sorda, no oía.

*Josué Rubén López Luna*

#### 14. [El funeral de la abuela]

A mí me pasó cuando murió mi abuela, la mamá de mi mamá, la mamá de tío Fidel, o mi mamá, la mamá de mi mamá. Ella murió en el 73, en el 74, más o menos por febrero, febrero 74. Y resulta que, este, la, pues mi mamá, le avisamos que ya estaba muy mal. Mi mamá llegó aquí no recuerdo qué día, pero el caso es que llegó un día como a eso de los, yo creo, que como a las seis, a las siete de la noche que fuimos por ella. Pero como a las dos de la tarde nos avisaron que había fallecido ya. Cuando salió mi mamá de allá, o sea, en la mañana, de las últimas comunicaciones que tuvimos con ella, pues había tiempo que estaba muy mal. Entonces mis hermanos y yo acordamos:

---

<sup>19</sup> *se compareció*: 'se compadeció'.

– No, pues cuando llegue le vamos a decir que, este, pues vámonos, hay que ir a acompañarte, porque, pues para que vayas a ver a tu mamá porque está muy grave, ¿no?

Y entonces, precisamente a ella le extrañó el...

– ¿Qué, ustedes también van?

– Pues sí, mamá, te vamos a acompañar.

– No me digan, ¿ya se murió?

– No, no, no sabemos nada, por eso tenemos que ir contigo. Vamos a ver, pues no sabemos qué vaya a pasar.

Lo que pasa es que mi mamá se pone muy mal siempre, siempre se pone muy mal, sobre todo pues porque era su mamá. Y con todos los demás de su familia, pues se puso muy mal, ¿no? Y resulta que pus ya nos fuimos. Llegamos ahí como a las cinco y media de la mañana. Eran tal vez las seis, y ya, en ese momento, mi mamá se dio cuenta de que... Y ya todo el drama, ¿no? Entonces yo todavía me bajo. ¡Ah!, y entonces, como mi hermano el Toño tenía como cinco años, entonces... tenía cuatro, tenía cuatro años, entonces, yo me encargué de él, le digo:

– No pues yo lo voy a cuidar.

Este, porque mi mamá pues lo iba a desatender. Pero agarro y estaba el... es una habitación como de este tamaño, pero es larguita, así, más angosta, larga. Y esa era la recámara de mi abuelita. Y justamente ahí estaban velándola, haz de cuenta así, una ventana hasta... como ese espejo. La ventana, y estaba el féretro atravesado. Montón de flores que había, ¿eh? Y entons llegó y pues...

Yo no estaba tan apesadumbrado realmente, pero sí, de alguna manera un poco acongojado nomás. Entonces la puerta estaba así. Entro y me pongo frente del féretro. Me quedo viendo ahí, un ratito nada más, así como... especie de reflexionando. Tal vez, o no sé yo. Me quedo allí un poco, no había nadie en ese momento. Ya empezaba, o sea, ya estaba claro el día y ya había amanecido realmente. Este, y de repente, entre tanta flor yo no sé qué caramba me llamó la atención bajo del féretro, pero al lado, así en sus pies. Y me acerco así, haz de cuenta que había una cubeta con mucha nube,<sup>20</sup> me acuerdo, y me pongo así para ver qué

---

<sup>20</sup> *mucha nube*: 'flores blancas'.

era. Y de verdad algo pero feísimo, porque haz de cuenta que había un marrano ahí:

– Arg, arg, arg, arg.

Exactamente, pero sentí una cosa horrible:

– ¡Ah!

Se me pararon los pelos, seguro. Que agarro y que me salgo corriendo, ¿no?

Sí, pero me espanté, me espanté. Imagínate que te acerques y pues ese, te digo, un, un marrano. Estaba allí como si estuviera cuando están durmiendo, o algo así. Pero muy feo eso. Entre gruñidos y no sé qué caramba. Pero fue muy feo.

Ya me salí. Y dije:

– No, pus está refeo eso. ¿Qué será? Bueno, pues ni hablar.

Y esa noche, pues el velorio normal. Este, yo como, no sé, pues estaba cansado del viaje... Éramos mis dos hermanos y yo. Estábamos cansados, mi mamá también. A mi mamá la llevamos a dormir temprano, una pieza continua.<sup>21</sup>

Yo creo que, como a las dos de la mañana, yo estaba muy cansado y mi hermano Mario estaba, se quedó con otras personas todavía. Yo agarré y me metí como a las tres de la... yo creo que serían cuatro y media, cinco de la mañana. Llegó Omar, y me dice:

– Oye, yo ya me voy a acostar un ratito. Tú que ya descansaste, vete, ¿no?, un ratito que...

Porque ahí la creencia es que no se puede quedar el cuerpo solo, porque se viene el diablo y se lo lleva, o viene el quién sabe quién y se lo lleva ya en dado caso de que el ataúd queda vacío,<sup>22</sup> ¿no? Entons, por eso no se puede quedar el cuerpo solo. Entonces, este, me dice mi hermano:

– Ve, ¿no? Te quedas allí para que... Yo ya me voy a dormir un rato.

Le digo:

– Órale, pues.

Estaba, precisamente, agarré las sillas, y me siento así con el féretro. Estaba la puerta, una puerta más angosta, chaparrita, pero ahí colgaba

<sup>21</sup> *continua*: 'contigua'.

<sup>22</sup> Se refiere a que el muerto quede sin ninguna compañía.

un moño negro, un moñito, de esos de papel crepé, de papel crepé, pero moño. Tenía así como barbitas, y me llamó la atención porque, de repente, no sé cómo, volteo al moño (estaría como a unos tres metros de mí) y haz de cuenta que era una mariposa. Hacía: *Shshshsh*, ¿verdad? De repente se calmaba y de repente otra vez empezaba: *Shshshsh*.

Así, como si tuviera unas alitas de mariposa. Entonces yo dije:

— Pus bueno, ¿no?, este es el viento. A ver, el viento, dije, ¿no?, pues es el viento; tienes que pensar que es así para que no te espantes, ¿no?

Ya cuando vi que no, dije:

— No, voy a probar que es el viento.

Así yo metía mi mano para sentir, ¿no?, dónde viene el viento, y pues por más que... No, cuál viento, para nada. Y las alitas que me hacían así: *Shshshsh*. Los extremos del moñito pero ahí duraban, cómo movía sus alitas. Sí, ya me desesperé y le di un manotazo al moño. Haz de cuenta que la maté, se quedó así toda, como si fuera algo muerto, y ya no se volvió a mover para nada. Ya así me senté, afortunadamente, pues ya eran las cinco y media, las seis, ya sale el sol. Y ya pasó, pasó, pasó la noche y acabó.

Pues ya, fuimos y enterramos a mi abuelita. Pues lo normal, empiezan por las... Eh, como ella sí era católica, este, porque nosotros somos evangélicos por el lado de mi papá, mi mamá después se hizo evangélica, pero ella... mi papá fue el que la convirtió. Entonces, este, hicieron los nueve días, porque en este lado nosotros no hacemos los nueve días. Entonces mis hermanos me dijeron:

— Nosotros nos vamos. Tú te quedas con mi ma porque, pues tienes que cuidarla.

Digo:

— No te preocupes, yo me quedo.

Bueno, pues viene el primer día, la primera noche y lo normal. Pones en tu corredor un montón de mesas. Ahí tienes a toda la gente, porque viene, hace su rosario, ya termina el rosario, se les da, cuando menos, se les da chocolate o café, es lo que se les da de tomar. Y se iban como a las nueve, más o menos. Lo interesante es que era un corredor, o es un corredor de unos, yo pienso, unos veinte metros, más o menos como veinte metros. Pero enfrente estaba, era, un, lo que es una huerta, pero con puro árbol. O sea, nada, estaba tan tupido, era un bosquecito, ¿no?, y oscuro.

Y las únicas luces que había alumbraban el corredor, pero para allá no.

Entonces, cuando salía ya era puro negro, estaba feo. Y en esos días, no sé qué día... Ah, pero para esto, todas las noches, después de esos nueve días, más bien en esos nueve días, este, el... Así, yo dormía por acá, y de repente, haz de cuenta que una pedrada, cemento contra cemento, ¡pac! Yo no sé a qué hora, pero todas las noches a la misma hora, el, la pedradota ahí en la pared que me despertaba:

—Híjole, qué bárbaro. Otra vez.

Ya me podía quedar dormido y a la noche siguiente, igual. Y una de esas noches se enferma mi hermano de las anginas. Entons mi mamá lo lleva al doctor. Se fue a mediodía con una tía, no vinieron al rosario. Pasaron las nueve, dieron las diez, y yo solitito en aquella casota, caserón. Claro, vinieron los primos, las primas, las tías. Ayudaron para que se hiciera el rosario. Se les dio de cenar de la bebida y pues se fueron. Entons, pus muchas buenas noches, buenas noches, y todo mundo se van desfilando y me quedo yo solito. Eran las diez de la noche cuando me digo:

—Son las diez y yo aquí solito.

Me iba hasta la puerta, me asomaba al camino, pues también estaba todo el camino solitito. Entonces me regreso y digo:

—Chi...

Estaba bien nervioso y digo...

Bueno, me metí a la recámara, prendí la televisión y dije:

—Bueno, me distraigo aquí cuando menos.

Estaba la cama precisamente así, y esa era, estaba contigua la habitación donde estaba yo durmiendo, y así el corredor donde se había dado de cenar.

Pus prendí la televisión, yo creo que eran como las once y media, doce, cuando de repente todas las sillas que estaban en el corredor, de verdad, eh, así como cuando las empiezas... así que alguien llegó. Y empezó a pegar y a aventar sillas, y otras mesas, ¡híjole!, pero me espanté. Salgo, yo creo que ese, ese, digamos, ese suceso fue de diez segundos, o algo así, porque no fue más, pero un escándalo. O sea, como que hubieran tirado todo. O sea, alguien llegó y empezó a aventar todo. Y entonces me bajo de la cama y salgo corriendo y abro la puerta. Y teníamos como tres perros, ¿no?, y ahí están echaditos los perros, se me quedan viendo que salgo

hecho la raya<sup>23</sup> por ahí. Todo el patio en orden, como habían salido los, los acompañantes, así, pero ni una silla tirada, absolutamente nada.

¿Qué fue?, quién sabe. Pero lo que sí, es que tiraron todas las sillas, y yo no las vi, yo escuché cómo sucedió todo ese lío.

Y ahora que mi tía se quedó con esa casa, me ha dicho que es muy, muy pesada la casa, que es muy difícil dormir ahí. Entonces, este, pues ya no quiero ir para allá también. Es que está pesada.

*Josué Rubén López Luna*

## 15. [El oro y el metate]

Les voy a contar la primera historia que yo sé de, de mi pueblo.

Yo tenía la edad de unos ocho años a nueve años, más o menos a esa edad, cuando en eso llega una visita de visitar a mi abuelita, que le dicen Tía China, entonces mi abuelita sale y la atiende. Le dice:

– Dígame qué necesita.

– No, pus necesitaba un poquito de dinero para hacer un poquito de la comida.

Entons, agarra y le dice:

– No, pus es que no tengo. Solamente hasta que acabe yo de hacer la comida y la tenga para irla a vender, ya te prestaré un poquito.

– Bueno, entons la espero.

– Sí.

Y entons yo me quedo oyendo la conversación, y me dice mi abuelita:

– En lugar de que estés oyendo, ves y volteas las tortillas.

– Sí.

Y fui rápido y voltié las tortillas. En el suelo, en el metate<sup>24</sup> donde estaba haciendo las tortillas, vi un montón de dinero, así, que brillaba,

<sup>23</sup> *hecho la raya*: ‘rápido’.

<sup>24</sup> *metate*: “Del nahua *métatl*. Piedra sobre la cual se muelen manualmente con el metlapil el maíz y otros granos” (DRAE).

y era oro porque brillaba. Y entons yo voltié las tortillas y me fui rápido con mi abuelita, y le dije:

– Abuelita, abuelita, no que me dices que no tienes dinero, y adonde estás moliendo está un montón de dinero.

– A ver, vamos, enséñame.

Le digo:

– Bueno.

Y que vamos caminando y el dinero ya había desaparecido, ya no estaba.

– ¿Por qué no tomaste una moneda?

– No, pus tú me has dicho que no tome nada.

Se desapareció el dinero y pus mi abuelita siguió trabajando.

Y es toda la historieta.

*Wilfrido Zarate Morales*



Figura 1. Boda tradicional en Oaxaca (noviembre, 2006)



Figura 2. La supercarretera (noviembre, 2006)



Figura 3. Cerro por el que pasa la Supercarretera,  
los dominios del Catrín (noviembre, 2006)



Figura 4. Órgano a un lado de la Supercarretera (noviembre, 2006)



Figura 5. Agave para hacer mezcal (noviembre, 2006)